Balta Lelija

14 de noviembre de 2026
Sábado de la Semana XXXII del Tiempo Ordinario
"Orar sin desfallecer"

Lc 18,1-8

En aquel tiempo, Jesús propuso a sus discípulos una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer: "Había en un pueblo un juez que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Había en aquel mismo pueblo una viuda que acudió a él y le dijo: '¡Hazme justicia contra mi adversario!' Durante mucho tiempo no quiso, pero después se dijo a sí mismo: 'Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que deje de importunarme de una vez'." Y añadió el Señor: "Ya oís lo que dijo el juez injusto. ¿No hará entonces Dios justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche? ¿Les hará esperar? Os digo que les hará justicia pronto. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la Tierra?"

¡Qué exhortación tan fuerte nos dirige la parábola de la viuda, que insistió tanto al juez hasta que éste finalmente cedió y le hizo justicia! Esta es una invitación divina a que no desfallezcamos en nuestra oración, y a que toquemos una y otra vez a la puerta de Dios, aun cuando parezca que nuestras súplicas no están siendo escuchadas. Si es una oración que le agrada al Señor, Él no la desoirá.

Pero su respuesta no necesariamente llega en el momento que corresponde a nuestras expectativas. No se trata de un retraso porque Dios sea reacio a cumplir nuestra justa petición, como es el caso del juez en la parábola de hoy, sino porque el Señor conoce perfectamente las circunstancias en las que conviene conceder lo que le hemos pedido en nuestra oración. Podemos entenderlo mejor si pensamos en la manera en que tratamos a los niños. Supongamos que el niño tiene un deseo legítimo que uno gustosamente querría cumplirle. Sin embargo, resulta que las circunstancias aún no son las indicadas y el cumplimiento inmediato de su deseo podría ser incluso perjudicial para él. Así que escuchamos su deseo y lo llevamos en el corazón, pero esperamos hasta que haya llegado el momento propicio para hacerlo realidad.

En el libro del Apocalipsis encontramos un ejemplo claro de una petición válida que Dios no cumple inmediatamente, sin por ello haberla olvidado. Leemos en el sexto capítulo:

«Cuando el Cordero abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron. Se pusieron a gritar con voz potente: '¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin vengarte de los habitantes de la tierra por haber derramado nuestra sangre?' Entonces recibió cada uno un

vestido blanco, y se les dijo que esperasen todavía un poco, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos que iban a ser asesinados como ellos.» (v. 9-11)

Al final del evangelio de hoy, el Señor plantea una pregunta que evidentemente le duele y que también debería dolernos a nosotros: *«Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la Tierra?».*

Si tuviéramos que responder a esta pregunta en los tiempos actuales, lamentablemente tendríamos que constatar que la fe a menudo se ha vuelto débil. En no pocas naciones del mundo, que ya habían recibido el anuncio del Evangelio, la fe incluso parece haberse desvanecido. Hemos llegado al punto en que tenemos que hablar de una apostasía, es decir, de la decadencia de la fe. Las nuevas generaciones no están siendo instruidas en el mensaje de la fe con naturalidad. La importancia de la Iglesia está disminuyendo en muchos países. Ella, que solía ser la roca firme frente al oleaje para amigo y enemigo, parece ahora estar corroída por el «espíritu del tiempo» y apenas irradia esa seguridad que antes ofrecía a sus fieles.

Entonces, ¿qué le responderemos a Nuestro Señor?

Quizá podríamos decirle: *«Mira, Señor, aún quedan personas de fe. Para ser sinceros, deberían ser muchos más; deberían ser muchos más los que te esperan con ansias y trabajan con fervor en tu viña... ¿Qué podemos hacer? ¡Danos una fe muy fuerte, Señor, más fuerte que la que ahora tenemos, para que al menos tus fieles crean de verdad! Siendo así, quizá también otros se vean tocados por nuestra fe».*

En una parte del Mensaje que Dios Padre le confió a sor Eugenia Ravasio, nos dice lo siguiente:

«Si hay algo que deseo, particularmente en este tiempo (1932), es el aumento del fervor en los justos. Esto traería consigo una gran facilidad para la conversión de los pecadores; una conversión sincera y perseverante; el retorno de los hijos pródigos a la Casa del Padre, especialmente de los judíos y de todos los demás que son también Mis criaturas y Mis hijos: los cismáticos, herejes, masones, los pobres infieles e impíos, las diversas sectas y sociedades secretas…»

Lo mejor será que pidamos una fe fuerte y que también otros encuentren el camino hacia Dios. Ciertamente, una oración así te complacerá, Señor, y no tardarás en cumplir nuestra súplica.